

Champaña de la calle de Montmartre. Los agentes se apresuraron á ir á aquel hotel y en un cuarto con dos camas encontraron á un joven que al principio dijo llamarse Da Silva, y acabó por confesar que era Carlos de Rudio, de veinticinco años de edad, natural de Bellune, Venecia.

Así pues, en el espacio de cuatro horas solamente y gracias á una suerte extraordinaria y á las indicaciones dadas por los mismos culpables, la policía pudo echar mano á los cuatro autores del atentado.

M. Chaix-d'Est-Ange dirá en su requisitoria: «El escudo que protege al emperador y á la emperatriz es visible para todo el mundo. Si Orsini no hubiera resultado herido, habría arrojado la cuarta bomba, y si Pieri, que era el que estaba más inmediato á la comitiva, no hubiera sido detenido muy pocos minutos antes de la llegada de ésta, ¿quién puede decir la desgracia que hubiéramos tenido que deplorar? Sí, ha sido menester que, por un milagro, Pieri fuera conocido por el único hombre que tal vez hubiese conservado su recuerdo, y que, por otro milagro, Orsini, después de tirar su primera bomba, quedase herido, si no peligrosamente, por lo menos lo bastante para resultar señalado en la frente, para ser cegado por un velo sangriento que la Providencia ha echado sobre sus ojos á fin de impedir el mayor de los crímenes.»

Hoy ¿no cabe suponer que, desde el punto de vista de los intereses de su dinastía, hubiese sido preferible que Napoleón III muriera en un momento en que su reinado sólo había tenido brillantes resultados? ¡Ah! La vida humana, á pesar de ser tan corta, ha sido á veces demasiado larga aun para los hombres cuya existencia parecía más necesaria á su país. Si Luis XVI hubiera muerto en 1783, después de la firma del glorioso tratado de Versalles que sancionaba la independencia de los Estados Unidos; Napoleón I en 1811, cuando el nacimiento de un hijo colmaba todos sus deseos; Carlos X en 1830, á seguida de la toma de Argel, brillante triunfo para sus armas; Luis Felipe en 1846, después del gran éxito de los casamientos españoles, y Napoleón III en 1858, asesinado como César en el apogeo de su fortuna; si la Providencia hubiera hecho morir á tiempo á estos soberanos, les habría ahorrado las catástrofes que los perdieron á ellos y á sus dinastías. Pero al día siguiente del atentado de Orsini, nadie hacía semejantes reflexiones y en todas partes se daban gracias á Dios por haber salvado la vida del emperador.

XIX

DESPUÉS DEL ATENTADO

Viernes 15 de enero de 1858. — El emperador y la emperatriz salen en carretela descubierta y recorren sin escolta los bulevares, en los que se les aclama calurosamente. En seguida van al hospital del Gros-Caillou á visitar á los heridos que la víspera formaban parte de su escolta.

16 de enero. — Reciben en las Tullerías á los individuos del cuerpo diplomático, del Senado, del Cuerpo legislativo, del Consejo de Estado y del Ayuntamiento. M. Troplong, presidente del Senado, se expresa en estos términos: «El espíritu revolucionario, expulsado de Europa, ha escogido su domicilio fuera de ella y se ha hecho cosmopolita. Desde esas ciudadelas exteriores, levantadas contra Europa, en medio de la Europa misma, han sido enviados fanáticos sicarios encargados de lanzar el fuego y el hierro sobre el príncipe que sostiene en su brazo poderoso el escudo del orden europeo; conspiradores odiosos cuya política consiste en el asesinato y que atacan hasta á las débiles mujeres, sin saber que entre ellas hay algunas cuyo corazón se ha elevado hasta el heroísmo. Mas, puesto que esos implacables revolucionarios ejercen de mancomún sus furores de destrucción, ¿por qué no se han de prestar los gobiernos y los pueblos, en su legítima defensa, el socorro de un apoyo solidario? El derecho de gentes lo autoriza; la equidad y el interés común lo imponen como un deber.»

El célebre jurisconsulto, presidente del Senado, termina así su discurso con tono lírico: «Sí, señor; Dios, del cual ha dicho el Profeta: — ¡Apartaos de mí, gentes sanguinarias! — no permitirá que el crimen venga á interrumpir antes de tiempo la misión de restauración y de progreso que os ha encargado. ¡Viva el emperador!»

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, toma en seguida la palabra: en su alocución se nota sobre todo el pasaje siguiente: «No podemos ocultároslo, señor: los pueblos que acabamos de visitar recientemente se preocupan de los efectos de vuestra clemencia que se mide en demasía por la bondad de vuestro corazón; y cuando ven que se preparan en el exterior tan abominables atentados, se preguntan por qué los gobiernos vecinos y amigos son impotentes para destruir esos laboratorios de asesinatos y cómo pueden aplicarse las santas leyes de la hospitalidad á bestias feroces.»

El emperador, al dar las gracias á las grandes corporaciones del Estado, ma-

nifiesta que, sin perjuicio de adoptar las medidas que estime necesarias, no saldrá de las vías de firmeza y de moderación que siempre ha seguido.

Europa demuestra claramente sus simpatías. El conde de Persigny, embajador de Francia en Inglaterra, escribe desde Londres al conde Walewski el 16 de enero: «Me hallaba en Badmington en casa de los duques de Beaufort cuando recibí la noticia del espantoso atentado. Marché á Londres y vi que en la ciudad entera reinaba una emoción profunda. Lo propio que en París, la opinión pública manifiesta dondequiera una indignación enérgica contra esa secta infame de asesinos que hasta aquí parece haber encontrado en las leyes inglesas un asilo inviolable... A la primera noticia del atentado, lord Pálmerston y lord Clárendon me han escrito, el segundo en nombre de la reina, y á cada momento llegan á la embajada nuevos testimonios de simpatía al emperador... En cuanto á esa cuadrilla de malvados que dirigen desde aquí tan horribles atentados, creo que después del cometido no me será difícil conseguir por fin que el gobierno inglés tome medidas con respecto á ellos.»

17 de enero. — Todos los generales y oficiales de los ejércitos de mar y tierra que hay en París se presentan en las Tullerías. El emperador y la emperatriz conversan más particularmente con los coroneles de lanceros de la guardia imperial y de la guardia de París, informándose del estado de los soldados heridos el 14 de enero.

En la catedral de Nuestra Señora se canta un *Te Deum* presidido por el cardenal-arzobispo de París.

18 de enero. — Napoleón III abre en la sala de los Mariscales de las Tullerías la legislatura de 1858. Su discurso, uno de los más elocuentes de cuantos ha pronunciado, produce vivísima impresión. «Tengamos muy presente, dice el emperador, que la marcha de todo poder nuevo es largo tiempo una lucha. Por más que se diga, el peligro no está en las prerrogativas excesivas del poder, sino más bien en la carencia de leyes represivas... Admito con solicitud, sin reparar en sus antecedentes, á todos cuantos reconozcan la voluntad nacional. En cuanto á los provocadores de disturbios y á los organizadores de complots, que sepan que su tiempo ha pasado.»

El final del discurso imperial es acogido con verdadero entusiasmo. «Doy gracias á Dios, dice Napoleón III, por la protección visible que nos ha otorgado á la emperatriz y á mí, y deploro que se hayan causado tantas víctimas por atentar á la vida de uno solo. Sin embargo, esas conspiraciones traen consigo más de una enseñanza útil: la primera, que los partidos que recurren al asesinato prueban, en el hecho de valerse de medios desesperados, su debilidad y su impotencia; la segunda, que aun cuando tenga completa realización un asesinato, nunca ha beneficiado á la causa que había armado el brazo de los asesinos. Ni el partido que dió muerte á César, ni el que se la dió á Enrique IV, sacaron provecho alguno de su crimen. Por esto, semejantes tentativas no pueden alterar ni mi seguridad en el presente ni mi fe en el porvenir. Si vivo, el Imperio

vive conmigo; si muriese, mi muerte misma robustecería el Imperio, porque la indignación del pueblo y del ejército sería un nuevo apoyo para mi hijo. Contemplemos, pues, el porvenir con confianza, dediquémonos sin preocupaciones inquietas á nuestras tareas cotidianas por el bien y la grandeza del país. ¡Dios protege á Francia!»

La asamblea se levanta como un solo hombre y prorrumpe en las aclamaciones más calurosas.

El conde de Persigny continúa esperando que el gobierno inglés tomará las medidas necesarias, y el 18 de enero escribe al conde Walewski: «Lord Pálmerston vino ayer dos veces á mi casa sin encontrarme. Yo he ido á la suya, y en su ausencia lady Pálmerston se ha apresurado á decirme que suponía que en el proceso de esos miserables se encontrarían indicios de complicidad de otras personas refugiadas en Inglaterra y que no dudara de los propósitos de lord Pálmerston para todo cuanto se debiera hacer.

»No pondré fin á este despacho sin decirnos cuán buen efecto han causado aquí el valor y la sangre fría demostrados por el emperador y la emperatriz en estas circunstancias. Sabíase, sin embargo, lo que se podía esperar del carácter del emperador; pero la emperatriz ha aparecido bajo un aspecto enteramente nuevo y ha causado la admiración universal.»

20 de enero. — El *Moniteur* publica el suelto siguiente: «En medio de la reprobación universal que ha excitado el atentado del 14 de enero, nos indigna ver que un periódico que se publica en Bélgica, *La Bandera*, aprueba claramente en su número del 17 el asesinato del emperador. Aguardamos la decisión del gobierno belga.»

Napoleón III y su augusta esposa van á visitar el hospital de Val-de-Grace: los gendarmes de la guardia de París, heridos el 14 de enero, son objeto de especial atención por parte de SS. MM. El emperador distribuye á los soldados cruces y medallas militares.

21 de enero. — Las disposiciones del gobierno inglés continúan siendo favorables. M. de Persigny dice en un despacho: «No puedo menos de hablaros del efecto prodigioso que ha causado el discurso del emperador. M. Disraeli me decía ayer que la última parte era en su concepto el trozo de elocuencia más magnífico de cuantos se han escrito en una lengua conocida. Mas, aparte de este mérito, ese discurso ha respondido tan admirablemente á los ataques de que el gobierno francés era aquí objeto, que anonada por largo tiempo la mala prensa inglesa.»

25 de enero. — Celébrase en Londres el casamiento de la princesa real con el príncipe Federico de Prusia (el futuro emperador Federico III), y con tal motivo, el embajador de Inglaterra en París da un gran baile en la embajada. Esta magnífica morada, en la que se penetra por la calle del Faubourg-Saint-Honoré y cuyo espacioso jardín llega hasta la avenida Gabriel, no ha cesado de ser el palacio de la embajada de Inglaterra desde 1815, época en que el duque

de Wellington era embajador cerca de Luis XVIII. La fiesta del 25 de enero es soberbia. El emperador y la emperatriz llegan á las diez; en la cena, Napoleón III bebe á la salud de la princesa real. SS. MM. no se retiran hasta las dos de la mañana.

En el baile de lord Cowley, como en todas partes, Napoleón III ha conservado su calma imperturbable y su actitud impassible. No deja traslucir ninguna preocupación, ninguna inquietud. Pero en el fondo se siente muy amenazado y no se hace ilusiones acerca del encarnizamiento de los sicarios. El crimen del 14 de enero no ha sido un caso aislado ni la tentativa de un maniático ó de un loco; lo ocurrido es un episodio del inmenso complot que se renueva sin cesar. La corte conserva todo su esplendor, toda su animación, pero reina en ella un terror vago. Siempre que su esposo sale de las Tullerías, la emperatriz se pregunta si volverá vivo. Los informes más exactos, procedentes no sólo de Inglaterra, sino también de Bélgica, de Suiza y del Piamonte, representan á la secta de los asesinos como irrevocablemente resuelta á continuar su sistema de homicidios.

Citemos, entre otros avisos, el siguiente despacho telegráfico cifrado, dirigido el 27 de enero al conde Walewski por el príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Turín: «El conde de Cavour sabe por un informe de la policía sarda que en una de las salidas que hará el emperador en coche ó á caballo, muchos individuos vestidos de obreros, entre los cuales habrá niños, se acercarán á S. M. para entregarle memoriales. Cuando S. M. se haya detenido, le lanzarán cuatro ó cinco objetos de la forma de un huevo y que, rodeados de una envoltura muy delgada, estallarán al menor choque. Estos proyectiles estarán llenos de una materia que puede pegarse á la ropa como liga y que produce un humo y un olor capaces de causar súbitamente una asfixia. El conde de Cavour ha recibido estas noticias de Londres.»

27 de enero. — El emperador expide un decreto en virtud del cual divide las tropas de línea de guarnición en el interior de Francia en cinco grandes cuerpos militares, al mando de mariscales. Considérase generalmente este decreto como una prueba de los peligros misteriosos que amenazan al monarca, y él mismo considera la situación como si fueran á asesinarle. Habla de la regencia y del *emperador menor de edad*.

1.º de febrero. — M. Aquiles Fould, ministro de Estado, presenta al Senado un mensaje imperial, en el que se dice: «Señores senadores: El senadoconsulto del 17 de julio de 1856 deja una incertidumbre que considero útil hacer cesar desde hoy. En efecto, no confiere la regencia á la emperatriz, ó en su defecto, á los príncipes franceses, sino cuando el emperador ha dispuesto lo contrario por acto público ó secreto. Creo satisfacer el deseo de la nación, al mismo tiempo que obedezco á un sentimiento de alta confianza para con la emperatriz, designándola como regente. Impulsado por los mismos sentimientos, designo en su defecto, para sucederla en la regencia, á los príncipes franceses con arreglo

al orden de sucesión á la corona. He constituido un consejo privado que, con la reunión de los dos príncipes franceses (el príncipe Jerónimo y su hijo el príncipe Napoleón) se constituirá en consejo de regencia en el mero hecho del advenimiento del emperador menor de edad, si en tal momento no he constituido otro por acto público. Este consejo privado, compuesto de hombres de mi confianza, será consultado sobre los grandes negocios del Estado, y mediante el estudio de los deberes y de las necesidades del gobierno, se preparará para la importante misión que el porvenir le puede reservar.»

Después de leer el mensaje. M. Fould da conocimiento á los senadores de las cartas-patentes, concebidas en estos términos: «Queriendo hacer cesar desde hoy las incertidumbres que resultan del senadoconsulto de 17 de julio de 1856 y dar á nuestra muy amada esposa la emperatriz Eugenia una prueba de la alta confianza que tenemos en ella, hemos resuelto conferirle, como le conferimos por las presentes, el título de regente para que pueda llevar dicho título y ejercer sus funciones á partir del día del advenimiento del emperador menor de edad, todo ello conforme á las disposiciones del senadoconsulto sobre la regencia.»

Las cartas-patentes del 1.º de febrero van acompañadas de un decreto del mismo día que instituye un consejo privado, el cual debe reunirse bajo la presidencia del emperador. Se nombra individuos de este consejo al cardenal Morlot, al mariscal duque de Malakoff, á M. Aquiles Fould, á M. Troplong, al conde de Morny, á M. Baroche y al conde de Persigny.

7 febrero. — Nómbrase al general Espinasse ministro del Interior y de Seguridad general. Antes de ocuparnos de su ministerio, vamos á relatar la misión del general Della Rocca y el proceso de Orsini y de sus tres cómplices, Pieri, de Rudío y Gómez.